

---

**Eduardo CAMINO**, *A Dios por la belleza. La «via pulchritudinis»*, presentación de Antonio Mostalac Carrillo, Madrid: Encuentro («100 x uno», s/n), 2016, 176 pp., 15,5 x 22, ISBN 978-84-9055-141-7.

El autor es un experto en ética de las finanzas y un conocido escritor de libros de espiritualidad. El presente texto constituye sin embargo una propuesta programática sobre el valor de la belleza en la vida cristiana, en la línea trazada por otros teólogos y pensadores cristianos contemporáneos. Camino presenta así una estética teológica con abundantes textos y ejemplos (sobre todo del ámbito cinematográfico), donde

se combinan las fuentes artísticas, filosóficas y teológicas. El fin propuesto es encontrar la «belleza que, a su modo, nos hablará de la verdad y nos mostrará el bien» (p. 33). Es más, «la belleza puede facilitar el encuentro con Dios» (p. 50). Estas afirmaciones no implican en ningún momento relativismo estético (cfr. pp. 73ss.), si bien a veces se procede a la identificación en el nivel ontológico entre bien y belleza

## RESEÑAS

que no siempre se da de un modo tan claro en el plano ético y existencial. «Sin la belleza estamos perdidos, nada vale, y nos convertimos en esclavos. Pero con ella, seremos salvados» (p. 174). Ahora bien, podemos volver a preguntar con Dostoievski: «¿qué belleza salvará el mundo?».

La frase que sirve de pórtico de entrada al ensayo («Porque la razón busca, pero es el corazón el que entiende», p. 5) no puede ser entendida tampoco como mero emotivismo estético, pues el autor hace entender que utiliza el término «corazón» en sentido bíblico, como síntesis de mente y sentimiento. De esta forma, también en ámbito estético, encontramos esa síntesis entre acción y contemplación, entre interpretación y disfrute de la obra artística o del objeto estético. Resulta también interesante

que nos encontramos ante una estética abierta, donde cabe tanto la belleza natural como la artística, la presente en la ética y en la palabra, así como ámbitos más eclesiales como son la liturgia y la predicación. A veces hubiera sido interesante que hubiera explicitado más también la dimensión estética de la ciencia y el conocimiento. Interesantes resultan también los desarrollos en el personalismo cristiano y los frecuentes pasos del plano metafísico al teológico. El itinerario de esta *via pulchritudinis* que nos propone Camino iría así de la caverna de Platón a la luz tabórica (cfr. pp. 137ss.), pasando por la inexplicable belleza del Calvario. Ahora bien, ¿dónde queda entonces la belleza de la resurrección?

Pablo BLANCO